



Un corazón

"...y a la cuitada Virgen que formó su delicia
— una tarde alegre le darán la noticia,
y seguirá bordando sobre su tafetán".

Cerveto.

Este hombrecito apagado y quedo, que andaba como en puntillas por la vida, solía darle a uno unas sorpresas fenomenales. Durante años, y aún hasta ahora que se ha muerto, muchos, todo el mundo le conoció por don Diego. El único don Diego que había en la capital. Ahora, por las necrologías, se sabe que se llamaba Enrique Urzúa. Pero es a don Diego al que lloramos todos.

Don Diego, el sorprendente don Diego. Ya desde los días lejanos del Liceo le llamaban así, cuando sorprendía a los profesores de Historia sabiendo más Historia que ellos: y por eso fué el Diego Barros Arana de su generación. Desde Pirro a Carlo Magno, desde Pedro el Ermitaño a Hernán Cortés (antepasado de Augusto Iglesias), toda esa gente intrincada, guerreadora y confusa de Victor Durny le era familiar; se la sabía de memoria con todas sus batallas, matrimonios, intrigas políticas e idas y venidas sin olvidar sitio ni fecha. Y de todo este pavoroso bagaje de conocimientos históricos, ¿qué hizo don Diego? Lo tiró un día a la calle, al emprender la lucha por la vida. Pues sabía tanta Historia que se hizo redactor de cosas hípias. Siempre sorprendente... Su prodigiosa memoria fué un abismo sin fin de nociones caballunas. Nadaba en las genealogías oldboyescas como un exégeta en las de los Abrahames y los Davides.

Era un oráculo para los aficionados el buen don Diego. Era el árbitro inapelable de las discusiones hípias del Strand. Daba su opinión con una sonrisa tímida, con voz sorda, contenida, como si hablara para adentro. Voz sibilina que daba siempre la palabra definitiva. Y que no volvía a oírse. Opaco, silencioso, apuraba don Diego su whisky y se recogía como un caracol. Pronto, después de utilizarle, se olvidaba de él la gente. Todos creíamos que no tenía interés ni sensibilidad para las cosas de que hablábamos. Porque nunca le vimos apasionarse por cosa alguna de esas que nos hacen, algunas veces, dar con el puño en la mesa, rechinar los dientes o tragar lágrimas de ácido sulfúrico. Nunca. Atortugado, barrozo, metido siempre en sí mismo, daba don Diego la impresión de un ausente, de alguien que olvidó su corazón en alguna parte. Así aparecía de insensible, de indiferente a todo.

No lo había olvidado, no. Esa fué otra so-
la última. Del corazón murió precisamente, la otra noche. Una autopsia espiritual diría cómo estalló la pobre viscera, repleta de dolores contenidos, de calladas ansias que nunca tuvieron expresión y de las cuales nada se sabrá. Nada.

Recuerdos de don Diego Barros Arana [artículo] Julio César.

Libros y documentos

AUTORÍA

Silva, Hugo, 1892-1979

FECHA DE PUBLICACIÓN

1928

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Recuerdos de don Diego Barros Arana [artículo] Julio César.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile